

PABLO ECHART

MIRAR EL MAR

BARCELONA 2026



A CANTILADO

Publicado por
A C A N T I L A D O
Quaderns Crema, S. A.

Muntaner, 462 - 08006 Barcelona
Tel. 934 144 906
correo@acantilado.es
www.acantilado.es

© 2026 by Pablo Echart Orús
© de esta edición, 2026 by Quaderns Crema, S. A.

Derechos exclusivos de edición:
Quaderns Crema, S. A.

En la cubierta, ilustración de Leonard Beard

ISBN: 979-13-87964-61-0
DEPÓSITO LEGAL: B. IO I42-2026

AIGUADEVIDRE *Gràfica*
QUADERNS CREMA *Composició*
ROMANYÀ-VALLS *Impresió y encuadernación*

PRIMERA EDICIÓN *junio de 2026*



Bajo las sanciones establecidas por las leyes,
quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización
por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total
o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o
electrónico, actual o futuro—incluyendo las fotocopias y la difusión
a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta
edición mediante alquiler o préstamo públicos.

CONTENIDO

- Lagartija, 11
Luces, 12 — La carrera, 13 —
Fantasmas, 14 — Tardona, 15 —
Mediciones, 18 — Vacío, 19 — Estación, 20 —
Viajero, 21 — Basura, 22 — Celebración, 23 —
Robo, 24 — La primera vez, 25 — Partido de fútbol, 27 — *Hanfitrión*, 28 — *Happy*, 29 — Nieve, 31 —
Giros de la vida, 32 — *Just Do It*, 34 — Peluquería, 35 —
Caramelos o verduras, 38 — Clandestinos, 41 —
Unión, 42 — John, 43 — Ascensor, 45 — Aquí, allí y en todas partes, 47 — Juego, 48 — Equilibrio, 49 — Cartera, 50 —
Lágrimas, 51 — Aterrizaje, 53 — Agenda, 54 — Miedo, 55 —
Optimista, 57 — El 111, 58 — Nubes, 59 — Hidalgo, célebre portero del Athletic, 61 — Manías, 63 — Mímesis, 66 —
Animal de compañía, 67 — Halloween, 69 — Cuerpos, 70 — Obra de misericordia, 71 — Derrota, 73 —
In vino veritas, 74 — El 10, 76 — Reparación, 77 —
Revelación, 79 — Escaparate, 80 — Viaje, 82 —
Polillas, 83 — Surfista, 85 — Ondarraitz, 87 —
Suya es la noche, 89 — Patrimonio, 90 —
Mirar el mar, 91

A todos los míos.
Y a mi padre, in memoriam.

Vista desde aquí la vida tiene un faro
con una luz eterna
que llega y mira y pasa.

AURELIO GONZÁLEZ OVIES

LAGARTIJA

Sobre los escalones todavía calientes que dan acceso a la casa, los tres hermanos cenan, sin decir palabra, los bocadillos de tortilla que sólo la abuela prepara así de ricos. Recién salidos de la ducha, llevan el pelo mojado, los pijamas cortos y los pies descalzos, en agradable contacto con la piedra. Junto a ellos, reventado de tanto ir de aquí para allá, descansa obediente un balón de fútbol. A la vista de los niños se extiende el jardín con sus hortensias y rosales, y en el que se impone, por supuesto, la piscina, casi mágica en su quietud. Más allá, un campo de girasoles ofrece el mejor fondo para el atardecer. Nada turba a los niños, hechizados por el siseo del aspersor que, como un metrónomo, marca el ritmo de la armonía. Es entonces cuando una lagartija cruza delante de ellos a gran velocidad. O acaso no sea otra cosa que el asombro ante el tiempo que pasa.

LUCES

Pese a ser habituales, las palabras con las que se despide siguen resultando torpes y vacilantes. Recoge incómodo el certificado con la firma, baja la cabeza y sale cerrando con suavidad la puerta. Se mira en el espejo del ascensor y siente el peso de la impotencia y la aflicción. Y el alivio. Sale a la calle y el aire frío le reconforta. Respira hondo, casi con avidez. Necesita reponerse antes de hacer las dos llamadas con las que prosigue el triste procedimiento. A continuación sube al vehículo, enciende el motor y, despacio, deja la acera para volver a la carretera. Apaga las luces naranjas que le fascinaron de niño y quién sabe si marcaron su destino. Sea como fuere, la ambulancia se pierde en el barullo del tráfico y de la ciudad, de vuelta al reino de los vivos.

LA CARRERA

Por la mañana, su padre sale de casa antes para acercar el coche y llevar a Irene y a Águeda al colegio. A los pocos minutos, cuando se aproximan y detienen las asombrosas luces amarillas, las hermanas salen del portal. Águeda, con esa sonrisa que deja ver sus dientes inmaculados, corre hacia su padre todo lo deprisa que se lo permiten sus piernas mientras grita «¡Aitaaaaaaa!», como si no le hubiera visto durante meses.

Cinco o seis segundos es lo que tarda en llegar a sus brazos. Cinco o seis segundos que hacen bueno, para él, lo que queda del día. Cinco o seis segundos que dan forma en su memoria a un recuerdo imborrable.

FANTASMAS

Ahora que se van a casar, ha llegado el momento de hacer limpieza. Eloy, con pena, ya tiró la americana que le regaló Julia, la que nunca se ha puesto cuando queda con Maitane. La adora, y por eso está bien haberse deshecho de la raqueta de tenis, las corbatas y los libros dedicados que Julia le regaló. Comprende que se lo debe, que es un peaje natural para entrar en la que será la mejor etapa de su vida. Ahora le llega el turno a la caja en la que guarda cartas y fotografías. No puede evitar recordar con cariño a Julia cuando se ve junto a ella en aquel mirador de Lisboa, los dos vestidos de San Fermín en una noche de farra en Pamplona, ella sonriendo para él en una librería de viejo, o sorprendida por la cámara en bikini al darse un baño en la playa de Hendaya. Eloy reconoce que lo pasaron bien, que fueron años bonitos, que era dulce ir juntos de la mano en las perezosas tardes estivales. Ni siquiera tiene claro por qué lo dejaron. Su corazón se rasga un poco con cada fotografía que rompe. Con entereza, lleva el ritual hasta el final, la nostalgia es su enemiga. Entonces se levanta y piensa en Maitane. La quiere, la adora. Es verla y su corazón se llena de júbilo. Los fantasmas del pasado retroceden a sus cuartos cerrados. Se recrea con la imagen de Maitane envuelta entre sus brazos. Se pierde en el maravilloso olor de su cabello limpio y ya pensará, pero no ahora, cómo se las apañará con la memoria.

TARDONA

—Yo quiero con mamá—dijo Inés entre pucheros.

—Venga, Inés, come.

—Yo quiero con mamá—repitió, y rompió a llorar.

—Porque llores, mamá no va a llegar antes. Anda, come.

Pero Inés estaba desconsolada.

Se lo había dicho, no era una buena idea irse de compras a las ocho. Acababa de llegar de trabajar y lo dejaba allí tirado con la cena de las niñas, los pijamas y el fatigoso trajín de la batalla nocturna. Además, Ana tenía que hacer los deberes, y entonces se acostarían tarde y no le quedaría tiempo para ver una peli antes de irse a dormir. Pero ella era así: le daban arrebatos. Su última fijación era mejorar el baño, y lo que durante cinco años no le había causado el menor desvelo se convertía ahora en una tarea inaplazable. Cuestión de vida o muerte.

—Entonces te vas.

—Me he pasado *toda* la tarde con las niñas. Y te he dejado el pollo en el horno.

—Qué difícil: meter el pollo.

—Puedes hacer unas patatas de acompañamiento, si quieres—concluyó ella sin entrar al trapo.

Consiguió al fin que Inés comiera. Y con un nivel de estrés aceptable fue cumpliendo las distintas tareas. Hora y media después, las niñas estaban en la cama. Pero no se dormían.

—¿Cuándo viene mamá?

—Enseguida. Ahora, a dormir.

Uno, dos, tres, cuatro. Veinte segundos de silencio.

—¿Mamá cuándo viene?

—Ahora. Ha ido a hacer unos recados.

Uno, dos, tres.

—Igual cierran la tienda y se queda dentro—dijo Ana con una risa nerviosa.

—¿Por qué tarda tanto?

—Vendrá enseguida. ¡A dormir!

Las niñas se recostaron en la cama. Él hizo malabares para darle una mano a cada una.

—Hasta mañana, chicas.

Ana suspiró. El reloj de la iglesia dio las diez. Estaría al llegar. Con algo de suerte, no habría apurado hasta el cierre del centro comercial.

—Papá, ¿por qué mamá se olvida siempre el móvil en casa?

—No sé, Inés, igual piensa que le van a salir granos si lo coge—respondió, y se fue enervando conforme respondía.

—Jo, cuánto tarda mamá. Es una tardona—dijo Ana.

—Sí, es una tardona.

—Papá, ¿cuándo viene mamá?

—Ahora, enseguida.

—Pero los granos no...

—Venga, a dormir.

Permaneció tumbado entre las niñas. Mar tenía que estar al llegar. No le podía haber pasado nada. Conducía fatal, pero muy mala suerte habría sido tener un accidente en los cinco kilómetros que había de casa a los almacenes. Podían haberla atracado..., pero eso también era algo muy improbable. No se le ocurrieron otras formas posibles de la desgracia, y lo prefirió así. El accidente, el atraco: sabía que eran fantasías absurdas, pero lo cierto es que estaba nervioso. Se incorporó, miró a las niñas al fin dormidas y se preguntó cómo serían sus vidas—las de las niñas, pero

también la suya—sin Mar. Sintió el vértigo y lo rechazó de pleno. Fue al salón y se asomó al ventanal para fijarse en los coches que, como espaciados bombeos de sangre, recorrían aquella arteria solitaria.

Enseguida la vio llegar. Se tomó su tiempo para bajar del coche. Del maletero sacó no sé cuántas bolsas y la vio acercarse despreocupada, serena, del todo ajena a su inquietud. Se rindió a aquella imagen, a su arrebatador y dulce andar de bailarina. Aliviado, la amó profundamente, y de inmediato se puso a pensar con qué punzante bienvenida podía recibirla.

MEDICIONES

Si pudiera medirse el dolor, el registro alcanzado por las personas que ocupan el banco más próximo al altar sería superior a la suma de todos los restantes. El cálculo no variaría de sentido si se incluyera en este segundo conjunto a todas las personas que permanecen extramuros: todos esos conocidos del difunto que, transcurridos los primeros minutos del funeral, olvidan la gravedad de la cita que los ha convocado, y conversan en voz alta de sus cosas y sonrían sin disimulo cuando alguno formula la primera gracia de lo que promete ser un encuentro de lo más entretenido.

VACÍO

El operario de la grúa realiza su trabajo. La joven agente que ha denunciado la infracción observa complacida sus ágiles movimientos y, en su compañía, ya no teme que aparezca el dueño del vehículo. También un jubilado y su nieto de cinco años contemplan el modesto espectáculo que les regala esta mañana. En realidad, no tan modesto para el niño, que mira fascinado cómo el coche se levanta del suelo y se encabalga sobre la grúa. Por eso no repara en la broma del operario que hace reír a la policía por un momento. Es una mañana bonita, con la gente que entra y sale del mercado adyacente, con el sol de septiembre que cae sobre los transeúntes. Al terminar, el operario y la agente intercambian sus teléfonos móviles. El niño y el abuelo se van calle abajo mientras el niño gesticula y le cuenta lo que ha visto, como si el hombre no hubiese estado allí. Y nadie se preocupa por el propietario del coche, por la razón de su ausencia. Ignoran que ya es ajeno al curso despreocupado de la mañana y que no se presentará en el garaje municipal para recuperar lo que era suyo. El operario y la agente se sonríen mientras el primero enciende el motor. La grúa se aleja y al instante un coche ocupa el espacio que ha quedado vacío.

ESTACIÓN

Y de repente esta estación dibujada con paredes des-
chadas, carteristas apostados en los rincones y viajeros que
rumian sus pesares mientras esperan un tren se limpia con
la risa incontenible de tres jóvenes que celebran, sin saber-
lo, que tienen dieciocho años.

VIAJERO

Abre y cierra cremalleras de manera casi compulsiva, como si le costara creer que todo está en orden: el dinero, la documentación, los informes del trabajo. Examina a los pasajeros que como él esperan en la puerta de embarque y no se reconoce en ellos. Ni en los amigos que hablan de manera distendida, ni en el ejecutivo que atiende serio a su móvil, ni en el matrimonio que tiene ya pocas cosas que contarse. Tampoco, claro, en esa figura que identifica como un potencial terrorista: una inquietud recién añadida al milagro del vuelo al que nunca se ha acostumbrado. Quiere ya llegar a Italia. Abandonar la mirada sobre el paisaje suave de lomas y cipreses, escuchar el rumor imponente de la Historia, contemplar desde una terraza el deambular feliz de los turistas mientras se toma, sin prisa, una *birra alla spina*. Volverá sobre estos rituales, aunque sabe que esta vez no le servirán para sacudirse la tristeza. Tampoco lo hará el relato al que va dando forma en su cabeza. El que habla de un viajero que abre y cierra cremalleras de manera casi compulsiva, como si le costara creer...